Ganemos tiempo, dije al Vicario, en voz baja. Abrevié Ud. Padre Lladó, cuanto pueda en la Doctrina Cristiana para terminar pronto, pues tendremos que ir a almorzar al Factor.

-Señor maestro, dijo el profesor Ruiz de Sagredo, ¿estamos listos para empezar?

-Me falta un endeviduo, exclamó el maestro rural con voz desolada y triste. ¿Si pudieran sus señorías esperar unos minutos? prosiguió con voz desconsolada.

Parece que se trataba del mejor alumno del plantel.

-Bueno, dijo el Vicario, no tenga usted cuidado, señor maestro.

Mientras viene ese otro chico, que digan estos niños el Credo.

Bien señor Vicario, dijo el rural magister. Y volviéndose a sus alumnos les gritó: En fila, al orden:

Los chicuelos se alinearon con precisión disciplinaria, frente a la mesa donde actuaba el tribunal examinador.

En un santiamén vociferaron el credo, no dejando alguna que otra vez de pronunciar ciertas palabras con la entonación del canto llano de la liturjia católica. No bien los muchachos dijeron en discordante grito Amén, los animé yo diciéndoles:

-Sobresalientes! Pasemos a la artimética.

-Ay, señor doctor, replicó el maestro alterado! Si no ha venído todavía el endividuo!

-Bien, señor maestro, añadió Ruiz de Sagredo, interín viene ese alumno, que esos otros niños sumen cantidades.

COLECCION PUERTORRIQUEÑA
Caguas
139
RIO PIEDRAS

Y se fué a la pizarrra y les trazó una cuenta sencilla de sumar. Los educandos despacharon pronto, medio cantando cada vez que sumaban una cantidad.

- A ver, tú, chiquitín, lee la suma total exclamé yo impaciente.

El chico la leyó correctamente en tono de falsete.

-Bravo! Bien! Sobresaliente!
Vamos a la clase de gramática, señor maestro.

-Ay señor doctor,¡ Si no ha llegado el endividuo! Me dijo con voz suplicante el maestro.

-No tema usted, no tema usted, le dijo el Vicario. Todo va bien!

En ese instante apareció el niño, que el infeliz dómine rural llamaba un endeviduo. Era un chicuelo flacucho y de ojos brillantes e inteligentes. Hizo lucir la clase de gramática y se veía claramente que era el Aquiles de aquel plantel de enseñanza.

-Venga el libro de notas, dijo al maestro. Vamos a clasificar los exámenes.

Traído el libraco el Vicario y Ruiz de Sagredo opinaron de conformidad; y escribieron sobresaliente y echaron sus firmas.
Y yo exclamé:

Ahora va la mía, como higienista y escribí "Nota bené: El maestro de la Escuela Dabán está enfermo, toda su familia lo mismo y también todos sus discípulos. La anemia los devora. Están edematoros. No tienen sangre. Esto debido a que beben agua de charcas. O se hace un buen aljibe en la plaza de la aldea o un buen pozo artesiano o se traslada la escuela a mejor sitio, no solo por la higiene sino por caridad. Doctor Coll y Toste".

A pesar de esta nota el inspector de escuelas Sr. Bobadilla puso la suya a los tres meses en esta forma: "La Escuela de la Aldea Dabán en pésimo estado por desidia del profesor y niños rebeldes. Lo mejor, suprimirla - Bobadillas". El pobre maestro pagó los vidrios rotos del palo que le pegaba el médico higienista al Inspector de Escuelas ignorantón.

Al poco tiempo vi al maestro en el pueblo; y vino a mi y me dino.

-Señor doctor, me partió uste por el eje con aquella Nota. Se puso furioso el sñor Inspector Bobadilla, haciéndome cargos porque se la dejé poner, lo cual le comprometía como Inspector, y me ha suspendido hasta nueva orden.

-Le felicito a Ud., amigo. Salga de allí. Donde no hay agua potable la vida humana es imposible. Bebiendo agua de charcas se pierde la salud.

El desdichado maestro se me quedó mirando y me replicó enfáticamente.

-! Podrá ser! Pero el agua de charca es dulce y me gusta más que la delrío, que es sosa! ....